

CARTA DE PENÉLOPE

Por Marcela Valdés

Ulises:

Ignoro si estas líneas llegarán a ti, no sé si son un desahogo o una confesión, pero cada palabra reclama su presencia en el papel y no hay manera de aprisionarlas o silenciarlas.

Hace ya quince años que partiste a luchar en la ridícula guerra que debió haberse reducido a un combate singular. Hace cinco que regresaron los principales generales con sus ejércitos, y por un rumor que me negué a creer, supe que vivías cautivo de una o dos hechiceras. Desde entonces dejé de llorar mi soledad y me hundí en el abandono.

Pronto la casa comenzó a poblarse de soberbios e imprudentes hombres que me ofrecieron su protección, como si yo fuera incapaz de forjarme un escudo. He tejido y destejido nuestros lazos y promesas. Sé que hay mucho por lo que vale la pena esperar, pero ya son tantos años y la soledad me aprieta tanto que no sé si voy a lograr cargar el pesado papel de mujer fiel y prudente que la Historia me ha impuesto, y temo traicionar.

Entre tu padre y tu nodriza me siento, a veces, protegida, pero también vigilada, esperan de mí virtudes que no creo alcanzar. Creen que la rueca y el telar pueden llenar mis horas y

cada vez que lloro parecen alegrarse de mi congoja. Nuestro hijo pronto partirá hacia tu encuentro y me quedaré a la deriva, esperando que un sueño me revele un destino que temo construir por mí misma.

Hace cinco años comencé a encontrar todos los días una flor en el pretil de la ventana, al principio no le di importancia, pero empecé a despertar con la ilusión de verla, a veces, la sonrisa que dedicaba a la flor mientras la ponía en agua era la única del día; después me ponía la máscara del dolor para representar mi lastimero papel.

Un día, decidí buscar al jardinero, un joven humilde que me explicó que el único culpable era él. Su juventud, pobreza e inteligencia me perturbaron y desde entonces lo soñé. Durante el día mis pensamientos dejaron de regodearse en los recuerdos para complacerse en la aventura. Una noche, una tormenta indescriptible me sacudió, sentí que todas mis lágrimas se desbordaban con ella, que todos mis temores clamaban por ceder. A la mañana siguiente, la flor estaba ahí. Fui a buscarlo y estaba muy afanado en recuperar el jardín, le pregunté cómo había logrado salvar la flor y me besó por respuesta. Quise reclamar su atrevimiento y sus caricias me lo impidieron, le hice toda clase de preguntas absurdas y sus respuestas fueron caricias, caricias y más caricias que me embrutecieron y me hicieron reír frenéticamente. No me reconocí.

Me aterra la incertidumbre, no quiero desear tu muerte y si regresas cumpliré como la digna esposa del héroe de los mil recursos. Espero que no te sorprendan algunos cambios, pues no soy la de hace quince años, mi piel se ha apagado y mi figura ya no es tan esbelta, mi conversación puede ya no parecerte atractiva y de un tiempo para acá, en lugar de tejer, prefiero pasear por el jardín.

.....

Cuatro años después de haberte escrito has de saber que vivo en una incertidumbre feliz, me siguen llegando rumores de tu retorno y ya no me agobian porque mi soledad se ha ido poblando de jazmines y rosas. No ha sido fácil escabullirme de tarde en tarde al jardín para encontrarme con mi aedo encubierto, capaz de seducirme con aladas palabras.

3

No puedo negarte que hay días que me persigue la culpa y me encierro, me torturo y me desprecio, pero no puedo desaparecer los besos, las miradas, las caricias, el amor. Mi arrepentimiento, esposo mío, llega de aquí a la isla en que te encuentras.

Confío en que sabremos reinventarnos, aunque a nuestro sólido lecho entrarán presencias que no podremos ocultar y con las que discretamente aprenderemos a hacer el amor en silencio.

Penélope